
De Buchenwald al Rotary Club: memorias de un emigrante judío en Honduras

From Buchenwald to the Rotary Club: Memories of a Jewish Migrant in Honduras

HÉCTOR M. LEYVA

Universidad Nacional Autónoma de Honduras
hector.leyva@unah.edu.hn

Resumen: Las memorias de Helmut Seidel, prisionero de los campos de concentración nazis que encuentra refugio en Honduras, narran una trayectoria de supervivencia, triunfo y realización personales que irían en contra de la hipótesis de la vigencia de una xenofobia indo-hispánica que habría afectado negativamente a los judíos en el país. No obstante, tampoco el éxito social de este emigrado podría contarse como la prueba de unas condiciones racialmente democráticas o de un mestizaje armónico universal, sino probablemente de otra forma de racismo, de la variedad poscolonial que Bolívar Echeverría denominó la *blanquitud*: una construcción ideológica, inconsciente, libidinal, que si en su lado risueño pudo beneficiar al memorialista abriéndole un pasaje de preferencia y favor entre las elites, en su lado hostil pudo suponer un racismo invertido, interiorizado contra los de piel oscura, los semejantes, el pueblo, como puede constatare en otras fuentes, artículos periodísticos y obras de ficción.

Palabras clave: memoria, blanquitud, racismo, indohispanismo, mestizaje

Abstract: The memoirs of Helmut Seidel, a prisoner of Nazi concentration camps, and who found refuge in Honduras, narrate a path of survival, triumph and personal fulfillment that goes against the hypothesis of the validity of an Indo-Hispanic xenophobia, which would have negatively affected the Jews in the country. However, neither the social success of this emigrant could be counted as the proof of racially democratic conditions nor a universal harmonic miscegenation, but probably shows another form of racism, of the postcolonial variety that Bolívar Echeverría called whiteness: an ideological construction, unconscious, libidinal, that seen in a amusing way it could had benefit Seidel by providing a way of preference and favor among the elites. On its hostile side it could suppose an inverted racism, the kind that is internalized against those of dark skin, the like, the people, as can be read on other sources, newspaper articles and fiction.

Keywords: memoirs, whiteness, racism, indohispanism, mestizo

Recibido: octubre de 2017; **aceptado:** diciembre de 2017.

Cómo citar: Leyva, Héctor M. "De Buchenwald al Rotary Club: memorias de un emigrante judío en Honduras". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 35 (2017): 66-82. Web.

Memorias de un afortunado

A finales de 1938 con ocasión de la persecución de judíos que siguió a la “Noche de los cristales rotos” en la que más de 30 mil personas fueron arrestadas, Helmut Seidel fue hecho prisionero en la ciudad Trebnitz y conducido al campo de concentración de Buchenwald. Contaba con 17 años y ejercía de aprendiz en un almacén, aunque su origen era más bien campesino pues provenía de Falkendorf, un pequeño pueblo de la Alta Silesia. El relato de Seidel no abrevia detalles de las vejaciones sufridas a manos de los nazis pero tampoco se extiende en ellas. Se duele sobre todo de los padecimientos que los suyos sufrieran como pueblo. Sus comercios saqueados, sus sinagogas quemadas, sus escuelas destruidas, sus cementerios profanados. Es brutalmente golpeado, rapado, atado a una soga y conducido con miles de prisioneros en vagones de tren. En el campo encuentra a su padre, a sus hermanos y a un primo. Describe las terribles condiciones del campo, el hambre, las exiguas raciones de comida, las pésimas condiciones sanitarias, las enormes letrinas en la que no pocos perdían la vida, los castigos con latigazos, las ejecuciones en la horca, etc. Aunque Seidel haya padecido en carne propia la violencia nazi, su relato es propiamente el de un sobreviviente, el de alguien que debió sobrellevar más bien la fortuna de haber salvado la vida. No solo en estos episodios sino a lo largo de sus memorias la interrogación a la que pretende responder es a la de esta fortuna. Una fortuna que en los campos atribuirá a la fortaleza de su juventud y en Honduras a la benevolencia del trato con el que fue favorecido.

Cuando Seidel evalúa esta experiencia lo que encuentra más traumático es la humillación. Una denigración constante, una incanzable acusación por hechos imaginarios, una incitación a la vergüenza por conductas inmorales (abusivas, egoístas, lúbricas) cuyo mayor daño pudo ser el haber sido interiorizadas, reconocidas como valederas aunque fueran tendenciosas y en consecuencia haber contado con el consentimiento de las víctimas para la aniquilación de sí mismos.

Muchas veces he pensado y analizado —escribe Seidel— acerca del efecto psicológico colectivo que sufrieron los judíos bajo el régimen nazi, que impresión mental deja tanta humillación en una persona y más en un niño adolescente. Una denigración constante, que como Goebbels decía, “Si cuentas una mentira muchas veces, se vuelve verdad”. (24)

Seidel no lo dice pero si bien los judíos en los campos fueron privados de la vida, los sobrevivientes lo fueron de su dignidad, debieron sobrellevar el haber visto rebajada su condición humana. Refiriéndose a cómo pudo llegar a Honduras dice:

...hubiéramos ido a la jungla más espesa con tal de salir de Alemania... Vivíamos deshumanizados, al margen de las leyes que protegían a cualquier ser humano. En esta época un perro tenía más derecho en Alemania que un ciudadano alemán judío. (37)

Gracias a las gestiones de una tía en Guatemala, Helmut y su hermano reciben visas para salir del campo de concentración y dirigirse a Honduras, donde llevarán una vida pintoresca al principio y feliz después. Al acercarse a

sus noventa años de edad Seidel escribe sus memorias desde esta condición de embarazosa felicidad que le deparó el destino, la de uno de esos excepcionales casos de judíos que habiendo estado al borde de la muerte en los campos fueron gratificados con una sobrevida.

No puedo más que dar gracias a Dios por haberme protegido durante toda la vida. La felicidad que experimenté a lo largo de mi vida, y de las penurias que me he salvado. Me salvó a mí y a mi familia más cercana del “Holocausto”, llevándonos a un país con muchas limitaciones, pero con gente buena y cordial que demostraron cooperación y simpatía, donde me podía desenvolver en libertad y donde el antisemitismo no existía (ver 150).

La suerte de Helmut Seidel hace pensar en la hospitalidad del país en que fue recibido. Un país todavía muy rural en esos años, en el que hay quienes han creído que se gozaba de una arcádica convivencia indistintamente de la pigmentación de la piel, de las creencias religiosas o de las clases sociales. La situación, sin embargo, pudo ser menos idílica y ocultar una discriminación y un racismo afines en lo esencial a aquellos de los que el memorialista huía. En efecto, muchos extranjeros no solo judíos sino árabes, lo mismo que emigrados europeos y norteamericanos llegados en condiciones de pobreza pudieron hacer fortuna en el país. De estos incluso algunos pudieron pasar a detentar el poder económico y político y desplazar a los representantes de las elites criollas o nativas. Aquí quiere hacerse ver que más que un clima hospitalario, lo que se encontró fue un concierto de condiciones objetivas y subjetivas de preferencia, un camino al éxito previamente abierto por esas mismas elites que después se verían desplazadas. Un racismo invertido de herencia colonial que discriminaba a los oriundos del lugar y especialmente a los de piel oscura, indios, mestizos, mulatos y negros, que pudo terminar premiando a los extranjeros en quienes se asoció su foraneidad y su distinta pigmentación o fisonomía con los atributos del éxito y del poder.

Blanquitud

En el contexto centroamericano, Honduras se ha distinguido por la mayor permeabilidad de sus elites a la influencia extranjera. Los historiadores han llegado a sostener la hipótesis de una “oligarquía ausente”¹ en comparación con las relativamente fuertes oligarquías nacionales de los países vecinos. En Honduras las poderosas compañías bananeras norteamericanas pudieron desplazar a las elites locales, éstas no pudieron afincar su poder en el cultivo del café o del tabaco ni en la minería por distintas razones, o fueron rebasadas por la agresividad y el espíritu de empresa de los recién llegados (provenientes de zonas más desarrolladas del capitalismo). Los mismos historiadores, sin embargo, reconocen, la política del llamado a la inmigración blanca que apenas conquistada la independencia lanzaron las elites locales al tenor del liberalismo y que propa-

1 Darío Euraque presenta y discute este asunto (ver “La ‘Reforma Liberal’”).

laba su rendición *a priori* al prototipo humano que asociaban a la modernidad y al progreso.

Este paradójico lugar de vacancia preferente que algunos extranjeros habrían sabido rentabilizar podría contribuir a explicarse con lo que Bolívar Echeverría denominó la *blanquitud* un constructo ideológico, libidinal que ligó rasgos fenotípicos a comportamientos funcionales al capitalismo. Para Bolívar Echeverría, la propuesta de Max Weber de un ethos capitalista asociado al espíritu del protestantismo (y sus valores de trabajo duro y puritanismo), debe entenderse para reconocer su sustrato racista. La contingencia histórica que pudo hacer triunfar el capitalismo en países del norte europeo habría podido sellar los atributos del proceder moderno con los rasgos de la población blanca. Imperceptiblemente en la conciencia de los oprimidos y de los países coloniales pudieron alojarse y fundirse con el mismo aire de gracia providencial, la eficiencia y la competitividad, con las maneras pulcras y la brillantez de la piel. Bolívar Echeverría escribió:

...es una 'santidad' que debe ser visible, manifiesta; que necesita tener una perceptibilidad sensorial, una apariencia o una imagen exterior que permita distinguirla. La modernidad de un individuo, lo efectivo de su interiorización del ethos puritano capitalista, es decir, su 'santidad' o el hecho de haber sido elegido por la gracia divina, es reconocible antes que nada en el alto grado de productividad del trabajo que le toca ejecutar. Lo evidentemente productivo de su actividad es lo que lo ubica por encima de la línea que separa tajantemente a los "winners" (triunfadores) o "salvati" de los "losers" (perdedores) o "sommersi". Pero no se manifiesta sólo en este dato estadístico; también se muestra en la imagen que corresponde a esa santidad evidente: en todo el conjunto de rasgos visibles que acompañan a la productividad, desde la apariencia física de su cuerpo y su entorno, limpia y ordenada, hasta la propiedad de su lenguaje, la positividad discreta de su actitud y su mirada y la mesura y compostura de sus gestos y movimientos... (Echeverría, 59)

Para Bolívar Echeverría el racismo es un principio constitutivo de la modernidad capitalista en la medida en que ésta requiere de un prototipo humano que encarne un conjunto de comportamientos y valores en detrimento de otras formas de humanidad, de usos y creencias que en adelante serán recusados por tradicionalistas. El protestantismo, lo mismo que la apariencia blanca habrían podido relativizarse en la noción más vaga pero no menos poderosa de la blanquitud como condición humana del orden ético y civilizatorio modernos (Echeverría 58-59).

Las memorias de Helmut Seidel pueden leerse en las claves de este premio de blanquitud del que pudo verse favorecido. Unos mismos atributos que en Alemania pudieron hacerlo objeto de persecución, en Honduras habrían podido garantizarle el éxito —aunque en ambos casos pudo tratarse más de una proyección antojadiza que de atributos propios del individuo. Como se sabe los judíos fueron odiados por sus habilidades capitalistas, particularmente en el comercio y la banca. El memorialista no tenía estas habilidades contra las que desarrolló, según nos dice, una particular aversión como consecuencia del oprobioso trato de que eran objeto los judíos por ese motivo. Cuando fue apresado apenas co-

menzaba a aprender a arreglar vitrinas y algo de contabilidad, siendo de origen campesino como se ha dicho. Sería como emigrado y para abrirse paso en el país de acogida que debería aprender las habilidades modernas en cartillas, manuales y cursos por correspondencia. Tampoco su religión era protestante sino hebraica y su cabello y bigote eran negros y no rubios. Pero en un país de piel predominantemente oscura, su tez debió resultar ostensiblemente blanca a lo que se añadió su buen carácter, disposición para el trabajo y espíritu de empresa. Era un hombre cordial y galante que se preocupó por aprender bien el español y por cultivar la amistad de los oriundos del lugar, y sobre todo era extranjero.

Con apenas dinero en los bolsillos Helmut, dos hermanos suyos, y otros familiares y conocidos son acogidos en una rudimentaria hacienda en las cercanías de Tegucigalpa. En total 20 judíos que recibieron visa del presidente Tiburcio Carías Andino (1932-1936, 1936-1949) con la condición de dedicarse a labores agrícolas. Este asilo condicionado habla del talante draconiano del dictador que no era propiamente hospitalario sino que entregaba la visa (seguramente comprada como se verá más adelante) a cambio de obtener brazos para el trabajo más duro que requería el país. Pero habla también del recelo que podía haber en las elites locales con respecto a estos contingentes de judíos que podían desplazarlos. El don de gentes y el poco español que había aprendido en cartillas durante la travesía en barco, hacen que le confieran a Helmut el papel de lechero de la hacienda. Con patente humor el memorialista recuerda el “espectáculo” que supuso para la Tegucigalpa de la época ver a aquel joven judío alemán vendiendo leche en una mula. La gente salía de las casas a verlo pasar, había quienes lo interrogaban sin poder salir de su asombro, en las muchachas causaba la mejor impresión, mientras otros vecinos seguramente le compraban la leche por el solo gusto de conversar con él:

Hubo familias con las que recordaríamos muchos años después, cuando mi situación económica había cambiado, los tiempos cuando yo les vendía leche, montado en una mula. Obviamente no en forma despectiva, sino como señal de admiración por mi dedicación al trabajo honesto y el progreso que, con el tiempo alcancé. (49)

Aunque el trato del general Carías había sido duro para los judíos al forzarlos al trabajo agrícola, la opinión de Seidel fue la de que había sido un régimen más bien benevolente comparado con el racismo genocida de los nazis: “Después de lo que vivimos en Alemania, consideraba que era muy humano enviar a sus enemigos al exilio o a la cárcel en vez de eliminarlos o matarlos” (63).

Después de cuatro años en la hacienda, cuando consideraron que habían cumplido con la condición de la visa, los asilados comenzaron a dejarla y a emplearse en distintas labores asociadas a la vida urbana. Gracias a la ayuda de un compatriota Seidel se hace de una flota de taxis que pronto prospera. Al principio son tres vehículos viejos, en mal estado que transitaban con dificultad por el lamentable estado de las calles y que muchas veces se quedaban en el camino. No obstante, la dedicación, el tesón y la buena acogida de la sociedad capitalina a sus esmerados servicios hacen que en pocos meses la empresa salga adelante.

... Si alguien llamaba a las 2 o 3 de la mañana requiriendo mis servicios, a esa hora me levantaba a dar el servicio...

Me di a conocer en la sociedad capitalina y tenía una buena clientela.

Gracias a mis conocimientos de inglés me llamaban de los hoteles para atender a los turistas.

Con los carros nuevos también logré impresionar a las muchachas de la ciudad. De repente me vi envuelto en problemas, al extremo que una de ellas me amenazó con suicidarse si no me casaba con ella. (76-77)

Seidel confiere a su compañía de taxis los requisitos de los pequeños emprendimientos capitalistas: eficiencia, buena administración y cortesía. Aprende a conducir los vehículos y también inglés, lo que lo lleva a la situación paradójica de que siendo extranjero se convierte en el guía turístico preferido de la ciudad. La alusión que hace a la buena impresión que causaba en las muchachas y que pronto lo llevan a problemas de faldas, es un claro indicador del atractivo libidinal que su apariencia blanca y foránea le aseguraban. Años antes cuenta haber recibido gratis por algún tiempo el favor de una atractiva prostituta (Seidel 52), si bien no tuvo el mismo éxito con una joven alemana con la que cuenta haber vivido un apasionado lance amoroso pero que le dejó por no haberlo considerado suficientemente digno (ver Seidel 81-82).

Unos años más tarde Seidel deja el negocio de taxis, para prestar sus servicios como recepcionista en el Hotel Prado, uno de los más importantes de la ciudad por entonces, y logra contraer matrimonio con una joven alemana como era su deseo. Para el memorialista se trató del momento de sentar cabeza cumplidos sus 32 años pero también fue la ocasión de su rápido ascenso social que ahora iba a verse facilitado directamente por las elites locales. Seidel se hace el propósito de fijar el hogar de su familia en la Colonia El Prado, una residencial de clase media alta y replica a escala del estilo de los suburbios norteamericanos, para la cual, sin embargo, no disponía del nivel de ingresos económicos necesario. Sorprendentemente para Seidel, los agentes bancarios lo eximen de los requisitos del préstamo y consigue levantar su casa propia”:

Casi me caigo de la silla, cuando [el gerente de la financiera] me ofreció tomar un plan de ahorro por Lempiras 15.000. Haciendo una excepción, me daría el dinero antes de los 4 años; o sea en ese instante y no después como se acostumbraba. (91-92)

A esto se sumó el excelente desempeño de Seidel en el Hotel Prado que llevó a que en pocos años su propietario, un descendiente de las principales y antiguas familias del país se lo ofreciera en arrendamiento. Seidel había ganado cierta experiencia en el ramo hotelero antes y ahora se ocupó de desarrollar sus conocimientos mediante cursos por correspondencia, además de esmerarse en la administración y las relaciones públicas. Don Ignacio Agurcia, cuya familia se encontraba emparentada con otras antiguas de Tegucigalpa como la de los Soto y los Midence desde el siglo XIX², manejaba el hotel por contratos que entrega-

² El apellido Agurcia se registra en los empadronamientos de Tegucigalpa desde 1761 (ver Barrios de Molina 164).

ba a personas de confianza y previo depósito de una garantía. Don Ignacio debió percatarse de las cualidades de Seidel quien, sin embargo se asombró: “Nunca soñé con esta posibilidad. Se me abrían horizontes nuevos...” (96) Seidel consiguió formar una compañía con otro alemán e inicio su exitosa carrera. En otro texto autobiográfico Seidel dijo de este momento:

En esa época (1952) se me ofreció un trabajo como jefe de recepción en el Hotel El Prado. A los pocos años, don Ignacio Agurcia, padre de los señores Juan, Ignacio y Marcos, de seguro viendo la dedicación en mi trabajo, me ofreció el Hotel Prado en arrendamiento, lo cual acepté con profundo agradecimiento. Allí realmente comencé mi carrera hotelera. (Citado en Amaya 34)

El arrendamiento del Hotel Prado resulta un negocio altamente rentable para Seidel que lo lleva a desarrollar simultáneamente otras actividades de prestación de servicios en los círculos más selectos de la sociedad (organización de recepciones en Casa Presidencial durante el gobierno de Ramón Villeda Morales, administración del Hotel Bolívar de San Pedro Sula, del Club Social Reforma de Tegucigalpa, etc.). En apenas unos años, Seidel logra colocarse en el centro de la vida social de las clases más pudientes del país, en sus hoteles de lujo para hombres de negocios, en sus clubes de recreación, en sus salas de fiestas y shows con artistas internacionales. Este lugar privilegiado le permitirá en la década de 1970 liderar el proyecto más ambicioso de lo que llegaría a ser el Hotel Honduras Maya, hotel emblemático de la capital y uno de los más importantes todavía.

Indohispanismo contradictorio

Este éxito empresarial y social de Seidel contradice las hipótesis de antisemitismo de los historiadores, sin suponer esto tampoco que la sociedad se hallara libre de racismo. Jorge Amaya Banegas llega a sostener exactamente lo opuesto que Seidel en sus memorias cuando dice que los judíos vieron vedado el acceso a los círculos de la alta sociedad hondureña.

Las elites económicas hondureñas, al ser desplazadas por las compañías transnacionales, y después por los inmigrantes que acapararon sobre todo el sector comercial y, con los años el industrial, empezaron a alimentar un sentimiento de discriminación hacia los inmigrantes, especialmente hacia los árabes y judíos. De esa manera, agrupaciones como la masonería, los casinos y los clubes sociales estuvieron en un principio vedados para los judíos en las principales ciudades como Tegucigalpa, San Pedro Sula y La Ceiba... (78-79)

Amaya Banegas, sin embargo, matiza sus afirmaciones al reconocer un proceso gradual de integración (mediante la escolaridad, los matrimonios, la adopción de la nacionalidad) que habría llevado a la plena incorporación de los judíos en la sociedad hondureña para la década de 1970.

Evidentemente las experiencias de un solo individuo no pueden ser concluyentes pero si se juzgara por las memorias de Seidel simplemente “el antisemitismo no existía” en Honduras (150). Seidel no registra un solo incidente de

discriminación, habla de un trato cordial siempre y de haber conservado su identidad, sus prácticas religiosas y su nacionalidad desde su llegada hasta el final de su vida. La población judía en el país, sin embargo, era muy escasa comparada con la de los inmigrantes ingleses, norteamericanos o árabes quienes pudieron llegar a ser mejor reconocidos en la sociedad.³

Más drásticas, sin embargo, son las afirmaciones de Darío Euraque con respecto a que los judíos en Honduras fueron víctimas de una xenofobia indohispánica. Euraque encuentra evidencia de una legislación racista y discriminatoria que estableció condiciones y prohibiciones de ingreso a determinados inmigrantes. Un decreto legislativo de 1929 estableció que árabes, turcos, sirios, armenios, negros y chinos debían depositar 2,500 dólares previo ingreso al país, mientras que la ley de inmigración de 1934 simplemente prohibió la entrada de negros, chinos y gitanos, y añadió la condición de dedicación a la agricultura o a nuevas industrias para aceptar a los otros inmigrantes antes citados y a palestinos, checoslovacos, libaneses y polacos (Euraque, *Conversaciones* 99). (Disposiciones que pudieron ser las aplicadas a Seidel y los demás judíos que llegaron con él). El racismo que aflora en esta legislación infiere un cambio a la política del llamado a la inmigración heredada del liberalismo del siglo XIX y permite apreciar los conflictos al interior de las elites a que había llevado para las primeras décadas del siglo XX. Los intelectuales, señala Euraque, habían presumido que “el fomento de la colonización e inmigración impulsaría la inmigración anglo-americana o de europeos occidentales” (*Conversaciones* 105) y en cambio había traído a oriundos del medio oriente, asiáticos y otros inmigrantes no deseados. En la hipótesis de Euraque para las décadas de 1920 bajo el influjo del nacionalismo de la revolución mexicana, se institucionalizaba en Honduras una política de mestizaje indohispánico excluyente de otras formas de etnicidad incluida la de los judíos.

... el racismo oficialista institucionalizado a partir de 1929 surgió como parte de un proceso más general de un esfuerzo gubernamental por homogenizar a casi todos los hondureños como mestizos y mestizas y asimismo proyectar un mestizaje indohispánico que aplastara la heterogeneidad racial y étnica colonial y aún decimonónica. En el nuevo mestizaje hondureño no había cabida para los árabe-palestinos y muchos “otros” más incluyendo a los judíos... (Euraque, *Conversaciones* 110)

Muy importante en la argumentación de Euraque es que atribuya el indohispanismo a las elites y a ciertos intelectuales (particularmente a Froylán Turcios pero también podría agregarse a Heliodoro Valle, Alfonso Guillén Zelaya y otros autores directamente influidos por la revolución mexicana) que pudieron reivindicar al pueblo campesino predominantemente mestizo o reaccionar frente a lo que advirtieron como amenazas a la nación. Los cambios en las leyes de mi-

³ Darío Euraque encuentra en el *Censo General de Población de Honduras* de 1935 el registro de 3,180 ingleses, 1,508 estadounidenses y 868 árabes como los tres principales grupos de extranjeros no centroamericanos residentes en el país, cuya población total ascendía ese año según ese mismo censo a 960,000 habitantes (ver *Conversaciones* 102, 105). Para los judíos no se cuenta con registros pero Euraque estima su población entre 150 y 200 habitantes entre 1940 y 1960 (ver *Conversaciones* 114).

gración habrían podido expresar un recelo nacionalista semejante al mexicano y orgánico a los intereses de las familias pudientes locales o nativas, pero como parte de unas disputas al interior de las élites que cobraban mayores perfiles racistas a medida que aumentaban de intensidad y en las que ya se hacía sentir el protagonismo político y económico de los inmigrantes. Euraque señala que el malestar contra los árabes pudo provenir del extendido control que llegaron a tener de la actividad comercial (con la consecuente exclusión de hondureños) particularmente en la Costa Norte entre las décadas de 1910 y 1920 (ver *El capitalismo* 86). Las propias evidencias de antisemitismo que encuentra Euraque (que se refieren a ataques contra los judíos en la prensa nacional y en la famosa Carta Rolston), provienen de miembros de la comunidad árabe o se encuentran asociados a la disputa palestino-israelí. Como señala el mismo Euraque, la discriminación contra los árabes palestinos (manifiesta en la legislación de 1929 y 1934) no impidió su cercanía al general Carías Andino y que su gobierno se abstuviera en la votación de Naciones Unidas para la creación del estado de Israel en 1947 (ver *Conversaciones* 110).

Las distintas formas de rivalidad étnica, sin embargo, no deberían llevar a perder de vista el racismo blanco fundamental que desde tiempos coloniales estructuraba la sociedad. Los decretos migratorios de 1929 y 1934 lo que prueban propiamente es la vigencia de la blanquitud al establecer condiciones de ingreso a población de piel oscura o que no se consideraba blanca en su pureza, mientras mantenía los privilegios a esta última. La blancura de la piel que había sido la marca de los peninsulares y criollos detentadores del poder durante la colonia, pudo seguir ejerciendo su influjo al asociarse a la modernidad capitalista. Una asociación que pudo ser inconsciente y en buena medida contraproducente para las élites locales nativas, que pudieron creer efectivamente en la superioridad de aquella raza, que pudieron cifrar en su venida garantías de progreso para el país, o que pudieron creer que su sola proximidad podría ser beneficiosa o incluso providencial. Elites de mulatos y mestizos, especialmente en Honduras, que pudieron aún en tiempos del republicanismo independiente seguir siendo subyugadas por el sujeto del poder colonial, que pudieron seguir considerando la blancura como una marca que legitimaba el poder y que pudieron hacer de esa blancura el objeto de su deseo.

Lo que el caso de Seidel y la penetración de las élites por extranjeros parece demostrar, es que en contra de las ideas indohispanistas y aun de los decretos discriminatorios del gobierno, individuos investidos de la blanquitud, así no fueran blancos en su pureza, habían recibido en la práctica un trato preferente. Y esto como si los cambios ideológicos hubieran sido superficiales o constreñidos a ciertos segmentos de las élites y consecuentemente no hubieran conseguido modificar la psicología política predominante de la sociedad.

Incluso el indohispanismo de que habla Euraque pudo hallarse sobredeterminado por la blanquitud que en parte reivindicaba. Si bien el mestizo se afirmaba al asumir su origen indoamericano al mismo tiempo se legitimaba al invocar la porción de raza blanca que le correspondía. El indohispanismo habría podido ser una secuela de la blanquitud, una forma híbrida de manifestación de

la colonialidad del poder que perpetuó formas de dominación exógena al interior de la ideología nacionalista, ligadas a modalidades de discriminación racial de la población local. Una construcción ideológico política poscolonial con la que los mestizos buscaron retener el poder, establecer buenas relaciones con los centros imperiales y someter a indios y negros y al resto de la población en la pretendida unidad de la nación.

Registros del racismo

Ejemplo paradigmático entre los intelectuales hondureños de un racismo invertido, dirigido contra la propia raza de la que se procedía, son las ideas que divulgó Paulino Valladares, director de *El Cronista* y uno de los más importantes periodistas en las primeras décadas del siglo XX. Influido por Spencer, Valladares pensaba que los antepasados indígenas habían vivido en la barbarie, que la colonia española había sumido en la decadencia a los pueblos centroamericanos, cuyo orden opresivo y mestizaje pudieron ser degradantes; creía en la superioridad de las razas blancas norte europeas y estaba convencido de que su venida traería un progreso incontrastable:

... nuestros ancestros vagaron desventurados y desnudos por las selvas de esta porción del nuevo mundo, y en horas de tedio nuestro corazón siente la nostalgia de una raza muerta... (*El Cronista* 23 de noviembre de 1916 citado en Ouelí 21-22)

Los centroamericanos con muy visibles excepciones en algunas personalidades eminentes, son el producto directo de una raza degenerada por la esclavitud de trescientos años... Y de esa fusión de elementos resultó la raza propiamente centroamericana, que tiene algunas malicias y disimulos del indígena y mucho del carácter agitador y vocinglero de la familia peninsular. (*La Prensa* 16 de septiembre de 1907 citado en Ouelí 155)

Ningún país del nuevo mundo ha podido engrandecerse en población sin el contingente de los inmigrantes... y vanos serán los anhelos de grandeza de toda república que no empiece por traer inmigrantes, haciendo que refundan su espíritu en el alma nacional. (*El Cronista* 2 de agosto de 1917)

Me consuela el pensar que nuestras desiertas regiones serán pobladas y explotadas para bien del progreso humano si no por nosotros, por los hombres de otra raza que vengan aquí, no con el empuje brutal de la conquista sino con el trabajo que crea vínculos de simpatía... brindo por la confraternidad universal... (*La Prensa* 18 de febrero de 1908 citado en Ouelí 155)

En la indiferente rotación del tiempo todo el territorio que se extiende desde Bering hasta Panamá tendrá que ser poblado y explotado por sajones; pero esa conquista lenta se prepara por evoluciones que ni podremos contrarrestar ni debemos temer... (*El Cronista* 24 de marzo de 1914 citado en Ouelí 169)

El historiador Marvin Barahona refiere que las ideas de triunfo de los más aptos de claro darwinismo social que profesaba Paulino Valladares, encontrarían eco en el intento de creación de un Partido Evolucionista que afortunadamente no prosperó pero cuyas propuestas se reprodujeron largamente en la prensa hondureña:

A fines de la década de 1920 e inicios de la siguiente, apareció la propuesta sobre un nuevo mestizaje, que intentaba provocar una mezcla biológica de campesinos e indígenas hondureños con ciudadanos escandinavos, alemanes, franceses e ingleses. Ése sería el medio para construir una nueva raza de hondureños emprendedores, laboriosos, honrados, respetuosos de las leyes, ahorradores, dispuestos a invertir sus ingresos en el fomento de la agricultura y la industria, moralmente intachables y físicamente bellos. (Barahona 83)

La literatura regionalista en auge desde la década de 1920 pudo perpetuar el racismo incluso dentro de una retórica de devoción a la patria. Los temas del terruño, de los paisajes, los personajes y costumbres típicos, pudieron abordarse y también enjuiciarse desde la perspectiva hegemónica que asociaba la blanca con la modernidad. En Honduras, la obra de Argentina Díaz Lozano es ejemplar de esta tendencia, escrita como señala el crítico Myron Alberto Ávila desde el punto de vista de una burguesía blanca:

El ‘mestizo’, el ‘indígena’ y ‘el negro’ –apunta Myron Ávila– son [en la obra de Argentina Díaz Lozano] seres de condición social inferior frente a los ‘blancos’, de cuyo grupo la autora se consideraría parte; e igualmente inferior es el pueblo ante la burguesía, desde donde la autora parece tener conciencia plena de escribir. (125)

Myron Ávila encuentra que las heroínas de las novelas de Argentina Díaz Lozano se ajustan al ideal de una belleza europea (tez clara, cabellos rubios o rojizos, ojos verdes, maneras altivas y refinadas, educación y cultura), mientras al mismo tiempo se rechazan los atributos de los mestizos y mulatos (la tez oscura, los cabellos rizados, la sumisión, la introversión, la falta de educación) (87-89). En la novela autobiográfica *Peregrinaje* (1944) un pasaje ilustra la conciencia de blanquitud de la protagonista quien, después de haber recorrido el interior del país como la hija de una maestra rural, llega por fin a un elitista internado de monjas para señoritas en la capital y al describir a las que serían sus compañeras pupilas dice: “[había] unas lindas, de rosadas mejillas y claros cabellos: otras trigueñas y feas, pero reflejando bondad en sus ojos negros y amable semblante; algunas, muy pocas, de gesto agresivo y alerta” (citado en Ávila 87).

Puede señalarse en esta novela otro pasaje revelador de la conciencia prejuiciada contra los campesinos (en su mayoría mestizos) que pudo tener Argentina Díaz Lozano y que en cierto modo podría hallarse en muchos otros autores regionalistas que aunque se ocuparan de esta población, lo hacían enjuiciándola desde una asumida modernidad:

¿Qué pensarán nuestros campesinos en sus largas horas de silencio?... Salen de su sopor sólo de vez en cuando para ir a tomar aguardiente, que los acaba de embrutecer. Bajo los efectos del quemante licor de caña, se inspiran y tocan su guitarra, cantan y lloran sus degracias, o se valentonan y riñen. A veces sacan el machete y quitan una vida. En este caso van a terminar a una pestífera cárcel o caen bajo las balas de la *justicia*, que así castiga su crimen. Ellos soportan todo estoicamente, con su fatalismo criollo. ‘Así es la vida’, dicen, sin ocurrírseles pensar que esa sociedad que los castiga debiera también preocuparse por instruirlos, por abrirles nuevos horizontes e inspirarles ambición por una vida mejor. Pero los infelices ni siquiera sueñan con que puede haber una vida distinta de la suya. La base de todo progreso es la educación. Sin

educación de nada sirve mejorar salarios, conceder prestaciones, vacaciones, etcétera, porque ellos abusarán de sus derechos y usarán muy mal su dinero. (Díaz Lozano, *Peregrinaje* 166-167)

Puede notarse que la execración del campesino se hace con referencia al progreso en el marco del capitalismo, lo mismo que el argumento sobre la educación se dirige al imperativo de superar en los comportamientos y la mentalidad los determinismos de la raza y la cultura.

En la novela *Mayapán* (1950) es en la que Myron Ávila encuentra el planteamiento más claro de conciencia étnica de la autora que se decanta por la reivindicación de un mestizaje armónico. Esta novela histórica recrea el caso de Gonzalo Guerrero, un náufrago español que de acuerdo con las crónicas hizo vida con los pueblos mayas de Yucatán para más tarde luchar y morir con ellos oponiendo resistencia a las empresas de conquista de sus excompatriotas. La historia de este renegado español es recreada por Argentina Díaz Lozano desde un ángulo romántico que concede la mayor importancia a la unión amorosa que presume debió haber con la mujer india con la que el personaje llegó a formar familia. Novela fundacional, sostiene Myron Ávila, “del primer hombre hispano y la primera mujer maya que, simbólicamente constituyen la génesis mestiza de no solamente la región yucateca sino de toda la región mayamericana” (128). En contra de otros críticos que han sostenido que la novela bajo el argumento del mestizaje, en realidad legitima el legado ibérico y se acepta el aniquilamiento maya “en aras del nuevo código espiritual y material considerado superior” (Seidi Araya citada en Ávila 128), Myron Ávila sostiene que al menos en la propuesta de la novelista, la idea debió ser que el amor habría podido operar como elemento conciliatorio, con el que “el proceso del mestizaje se redim[iría] y se convertiría incluso en fuente de orgullo, a pesar de la historia: los mestizos serían ahora el fruto del hermoso, idílico y devoto amor de sus padres originales” (Ávila 129).

Podría a esto añadirse que más que amor recíproco, lo que la novela parece mostrar es la seducción de la blancura, seducción de la conciencia nativa que perdona el daño del blanco a cambio de su afecto. En la novela, el lance amoroso ocurre cuando Gonzalo Guerrero salva a la princesa india Aixchel del ataque de un jaguar. El español ha quedado cautivado con el hermoso cuerpo de la india que había encontrado bañándose en un arroyo. Tiempo después, la parca india revela el encanto que el extranjero ejerce en ella, si bien antes se ha dicho que es hombre brusco, con modos de marinero y de hombre de armas, barba y bigote agresivos:

Sois muy extraño, pero me gustan mucho vuestros ojos, vuestra sonrisa, vuestros cabellos con reflejos de sol, vuestra manera de hablar. Sois fuerte y hermoso, extranjero... (Díaz Lozano, *Mayapán* 56)

Con esto la novela aporta el atractivo propiamente libidinal (de la foraneidad, de la diferencia del color, de la fuerza, de la virilidad) que podría hallarse en la blanquitud y que conviene no perder de vista para explicar su eficacia en otros niveles de la vida social.

En la narrativa contemporánea, Roberto Castillo se ha distinguido por carnavalizar los prejuicios raciales todavía prevaletentes. En su novela *La guerra mortal de los sentidos* (2002) entre la multitud de personajes rurales que la trama moviliza, aparece el antipático Rudolph Pacard, de origen salvadoreño cuyo verdadero nombre era Rodolfo Pacas Chicas, de inclinaciones radicalmente fascistas. Había sido matarife durante la matanza de indígenas del general Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador en 1932, había sido voluntario de las falanges franquistas en la Guerra Civil de España donde perdió un brazo, y si bien no luchó con los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, por haber regresado antes a El Salvador, llegó a concebir el fabuloso plan de establecer el IV Reich en Centroamérica con el claro propósito de purificar la raza volviéndola aria (ver 225-228, 251-254). En el filogermanismo nazi del personaje se encarna el autoritarismo extremo y el acendrado desprecio contra indios, mestizos y negros que pudo resultar familiar en la región. A este personaje opone la novela el de Hans Dieter Sánchez, hombre de sangres mezcladas, (“de ojos germánicos y piel de indio”) que llega a la mítica región de El Gual con propósitos humanitarios. Nacido en los años 20 en los Alpes suizos de un judío alemán y una mexicana, había sido educado con los mejores maestros en México, atraído por las afinidades de sensibilidad con la gente de El Gual y conmovido por su pobreza, el personaje intentará introducir prácticas ecológicas y el cultivo de frutas europeas, más tarde será un precursor en el esfuerzo por rescatar la lengua indígena lenca (ver 323-325, 343). Con humor benevolente la novela ridiculiza los prejuicios raciales haciendo ver la autonomía de la humanidad de los rasgos fenotípicos y la asociación de esos prejuicios al ejercicio del poder.

El cuento “Figuras de agradable demencia” de este mismo autor ofrece una caracterización sarcástica de lo que podría llamarse el mal de xenofilia que aqueja a las elites locales. El título del cuento, que es también el del libro que lo contiene, evoca el estilo expresionista en que está escrito. “Las Figuras de agradable demencia” son encarnaciones de la maledicencia, del rumor y de la infamia, que envenenan la vida de los círculos de la alta sociedad. Son las familias de las “lenguas escorpías” y de las “lenguas viperinas” enfrascadas en una interminable batalla que tanto las divierte como las consume. En este viciado ambiente en el que se mezclan las bajas pasiones con el alcohol y la fiesta, irrumpe un extranjero que avasallará tanto a las lenguas escorpías como a las viperinas con su irresistible encanto erótico: es Joao Cutinho, un caballero brasileño, bailarín de samba y de tango. Después de causar irreparables estragos, alguien tratando de explicar la magia de su influjo dice: “Es la presencia de la ausencia y la ausencia de la presencia” (*Figuras* 74). La narración juega con la paradoja clásica de la preponderancia que puede cobrar algo no presente, lo evocado o representado en el signo independientemente de su materialidad concreta o de su limitación presente. La fantasía erótica de que es investido el personaje resulta arrolladora para las lenguas escorpías y las viperinas que se obnubilan con su impronta. Fantasía de xenofilia que sucumbe ante los rasgos de foraneidad del personaje, tenidos por superiores por unas figuras esperpénticas que se avergüenzan de sí mismas, de su cuerpo y de su espíritu.

Importante en este cuento es el color oscuro de la piel del cautivador personaje, lo que dejaría su influjo al margen del racismo para mostrar en su autonomía y su poder el de la xenofilia como complejo de inferioridad.

Naturaleza, psicología y cultura

Estas referencias a la literatura cumplen la función de reconocer los registros de racismo, y como se ve también de xenofilia, en las mentalidades que habrían podido apuntalar el pasaje de preferencia para los extranjeros que de otro modo se manifiesta en las memorias de Helmut Seidel. No obstante, las peculiaridades de estos registros, (la contradictoria crítica del campesino mestizo o el reconocimiento de la xenofilia como factor independiente de discriminación positiva), llevan a considerar la contingencialidad y complejidad del racismo de la blancura.

Ciertos registros en el libro de Seidel, permiten apreciar que la blancura de la piel, el origen extranjero o europeo tampoco podrían tomarse por sí solos como anticipos inequívocos del éxito en la sociedad hondureña. Una no desdeñable labilidad se advierte en las relaciones interétnicas aun sosteniendo la primacía de la blanquitud. En sus memorias, Seidel va dejando constancia de otros alemanes que no tuvieron la misma suerte que él. Por ejemplo, Werner Schweinfurt, gerente de El Hotel Prado cuando comenzó a trabajar ahí que perdido en el alcoholismo disparó a la mujer con la que convivía para después suicidarse (ver 87); o el cocinero y acordeonista del mismo hotel Carlos Epstein que subyugado por una mujer alemana tiene una triste muerte (ver 101); o la de su propia esposa que se verá aquejada de depresiones como secuelas de los traumas de la guerra (ver 113). Más que un determinismo del color blanco de la piel, lo que se observa es un complejo juego de las cualidades físicas y psicológicas de los individuos con las preconcepciones raciales locales, los afectos y las situaciones concretas. Para Seidel una diferencia a tomar en cuenta radicó en su asumido interés por integrarse a la sociedad hondureña, algo que pudo faltar a sus familiares y amigos que a su juicio se mostraron incapaces de superar su pasado (ver 66).

Como lo señala Bolívar Echeverría, la blanquitud ha podido ser un constructo ideológico de acogida preferente de cualidades raciales y morales, no de la sola blancura de la piel sino de su asociación a determinados comportamientos (inclinaciones y habilidades) orgánicos o funcionales a las nociones de ascenso y progreso social del capitalismo. La blanquitud habría podido crear las condiciones para el éxito de un extranjero como Seidel quien, sin embargo, debió mostrar disposición y empeño para rentabilizar esas condiciones a su favor. La naturaleza como rasgos fenotípicos, conectada con la psicología individual como disposición a jugar el papel que la sociedad le ofrecía y la cultura como construcción simbólica del espacio de privilegio debieron articularse para que fuera posible su éxito.

Dato a tomar en cuenta respecto del carácter procesual y cultural de la blanquitud que ofrece Seidel es el que se refiere a haber aprendido mediante el

estudio las habilidades que su inserción en el medio social le demandaban. Que haya aprendido el español y el inglés en manuales, y la contabilidad y la administración de hoteles en cursos por correspondencia, hablan de una construcción artificial del individuo (a quien evidentemente no todo le venía dado por naturaleza), y de un proceso de encarnación de un conjunto cualidades propias de una idea de sujeto que se gestaba en las mentalidades del medio social que lo acogía.

Pináculo del éxito

Una vez en el cargo de arrendatario gerente del Hotel Prado, Seidel se extiende en narrar distintos episodios sobre su inserción en la vida social del país. La localización céntrica del hotel lo hará testigo de primera línea de los golpes de estado de 1956 y 1963; como empresario del espectáculo traerá al país conocidos artistas internacionales junto a quienes se hará fotografías como los cantantes Julio Iglesias o Rafael de España, o figuras del escenario mexicano como la cantante Olga Guillot y la cabaretista Tongolele. Más tarde, con ocasión de la inauguración del Hotel Honduras Maya se sentirá honrado por la asistencia de la alta sociedad, del Presidente de la República y de su esposa.

El protagonismo de Seidel en el proyecto de construcción del Hotel Honduras Maya le lleva a expresar su modestia y gratitud con la sociedad que lo acogió, lo mismo que indirectamente su conciencia de que ese papel habría podido ser desempeñado por cualquier otro mejor capacitado del medio local:

El hecho de fungir como Presidente de un Consejo de Administración constituido por banqueros, abogados y profesionales, era para mí un reto enorme y de un alcance insospechado. Académicamente pasé los ocho años que constituía la primaria en Alemania... sabía que los requerimientos eran mayores que mis habilidades y conocimientos. Por ejemplo, tenía pocos conocimientos de procedimientos parlamentarios, especialmente en una sociedad mercantil con personas de tan alto nivel académico. Sin embargo, ocupé este puesto por voluntad de todos durante casi cinco años de preapertura del hotel. (120)

El éxito empresarial se halla aparejado al éxito social que Seidel lo encuentra en su integración al Rotary Club. Aceptado como socio en 1966, iba a figurar como miembro de distintas juntas directivas y en 1993 como su presidente. Su participación en esta organización iba a suponer para Seidel ver conjugadas su adopción de la filosofía de servicio de los rotarios (los sentimientos nobles y el humanitarismo de sus proyectos sociales) con la aceptación plena de los círculos de la alta sociedad:

... me sentí muy honrado de ser parte de un grupo tan distinguido de la sociedad hondureña. Al fin y al cabo no era más que un emigrante que luchaba a través de la hotele-
ría por darme a conocer con espíritu de servicio y honestidad. (154)

Conclusión

El mensaje que dejan las memorias de Helmut Seidel es el de un profundo agradecimiento a la sociedad hondureña donde un judío alemán que fuera perseguido en su país habría podido triunfar. La exploración de las relaciones interétnicas que a partir de su texto pueden hacerse, lo que revela es un pasaje de preferencia. La blanquitud a que se refiere Bolívar Echeverría puede entenderse como una investidura semiótica, como una estructura de cualidades (de apariencia exterior, de valores, de comportamientos) susceptible de ser desarrollada por un individuo o de serle atribuida por el medio social. Helmut Seidel aun siendo de origen campesino y de poca educación pero blanco y extranjero iba a poder beneficiarse de esa investidura, lo mismo que iba a poner empeño en dotarse de ella.

Se habría tratado de un racismo inherente a las nociones de progreso de la modernidad, en tanto que afirmación tendenciosa de un cierto tipo humano que, sin embargo, pudo haber conocido su forma original en la sociedad colonial. El sujeto del poder ha podido ser blanco y extranjero en el imaginario social desde la conquista y colonización españolas, si bien en la era moderna tales atributos se asocian al éxito social en el capitalismo. La blancura de la piel ha podido seguir ejerciendo su influjo aunque difuminándose en el resto de rasgos. Pierden nitidez los criterios de pureza de sangre o de color de piel, mientras se reconocen mejor las aptitudes y destrezas del espíritu emprendedor. Construcción típicamente poscolonial en la que permanece transformándose la ideología del poder exógeno. Como contraparte se ha asociado el color oscuro de la piel con el tradicionalismo, la ignorancia y las conductas retardatarias. Distintas formas de un racismo invertido, dirigido contra la población de la que se proviene, que expresa modos de subalternización y de voluntad de dominio.

En el complejo contexto de una sociedad de mezclas profundas, la blanquitud ha podido cobrar aspectos inesperados, como el de su permanencia en las reivindicaciones del mestizaje, el de su carácter contradictorio en la crítica del campesino o en el de la xenofilia como complejo de inferioridad cultural. El análisis de textos literarios afines permite apreciar de qué modo los prejuicios raciales han sido esgrimidos como parte del ejercicio del poder, como una manera de justificar y legitimar a las elites. Aunque igualmente lleva al reconocimiento del modo muchas veces inconsciente y libidinal en que ha podido operar y que ha podido llevar a contraproducentes situaciones, como las de una elite local desplazada por los extranjeros a quienes ha rendido devoción.

Obras citadas

Amaya Banegas, Jorge. *Los judíos en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 2000. Impreso.

Ávila, Myron Alberto. *De aparente color rosa. Discurso y recurso sentimental en las novelas de Argentina Díaz Lozano*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 2010. Impreso.

Barahona, Marvin. *Honduras en el siglo XX. Una síntesis histórica*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 2005. Impreso.

- Barrios de Molina, Fidelina. *Origen de los apellidos hondureños más frecuentes en la actualidad*. Tegucigalpa: Universidad José Cecilio del Valle, 1992. Impreso.
- Castillo, Roberto. *La guerra mortal de los sentidos*. Tegucigalpa: Editorial Subirana, 2002. Impreso.
- Díaz Lozano, Argentina. *Mayapán*. México: Costa-Amic Editores, 1984. Impreso.
- Díaz Lozano, Argentina. *Peregrinaje*. Tegucigalpa. 11a edición. Tegucigalpa: Guardabarranco, 2000. Impreso.
- Echeverría, Bolívar. *Modernidad y blanquitud*. México: Ediciones Era, 2010. Impreso.
- Euraque, Darío. “La ‘Reforma Liberal’ en Honduras y la hipótesis de la ‘oligarquía ausente’: 1870-1930”. *Revista de Historia* 23 (1991): 7-11. Web.
- Euraque, Darío. *Conversaciones históricas con el mestizaje y su identidad nacional en Honduras*. San Pedro Sula: Centro Editorial, 2004. Impreso.
- Euraque, Darío. *El capitalismo en San Pedro Sula y la historia política hondureña (1870-1972)*. Tegucigalpa: Guaymuras, 2008. Impreso.
- Ouelí, Ramón, ed. *Paulino Valladares. El pensador y su mundo. Una selección de temas*. Tegucigalpa: Editorial Nuevo Continente, 1973. Impreso.
- Seidel, Helmut. *Honduras: destino de un emigrante*. Tegucigalpa: Ediciones 18 Conejo, 2010. Impreso.
- Valladares, Paulino. “El país sin gente”. *El Cronista* (Tegucigalpa) 2 de agosto de 1917. Impreso.